En un lugar de la mancha de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un caballero de los de lanza en astillero, coraza antigua, rocín flaco y espíritu corredor.

Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, pan y chorizo los sábados, lentejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda. El resto de ella concluían sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de lo mismo, y los días de entre semana se honraba con su ropa de lo más fino. Tenía en su casa una ama de llaves que pasaba de los cuarenta, y una cocinera que no llegaba a los treinta, y un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocín cómo tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años; era de complexión delgada seco de carnes, huesudo de rostro, gran madrugador y amigo de lacama. Quieren decir que tenía el sobrenombre de Quijote, o Quesada, que en esto hay alguna diferencia en los autores que de este caso escriben; aunque, por conjeturas verosímiles, se deja entender que se llamaba Quejana.

Pero esto importa poco a nuestro cuento; basta que en la narración de él no se salga un punto de la verdad.